

EL TRABAJO POR LA PAZ  
EN LA COYUNTURA DE  
ESQUIPULAS II

*Juan Hernández Pico*

En este artículo me propongo abordar el acontecimiento de los acuerdos de paz conocidos como Esquipulas II, que tienen el potencial de encaminar hacia la paz a la región centroamericana. Ante este acontecimiento se configura para nosotros, cristianos, una responsabilidad de tal magnitud, que no es posible exagerarla. Me parece importante enfocarla desentrañando, **primero**, el giro político sorpresivo que implica y el tiempo de gracia que con él puede inaugurarse en nuestra historia. En **segundo** lugar debo tratar de poner este acontecimiento en relación con los anhelos de paz que recorren al pueblo centroamericano, especialmente a los pobres. Como **tercer** punto, central, me referiré al trabajo por la paz con que los cristianos deben responder al llamado latente en esta coyuntura. Abordaré en **cuarto** lugar la interpelación que esta coyuntura de camino hacia la paz presenta para la paz interna de la Iglesia, para la concordia entre los cristianos centroamericanos. Como **quinto** y último punto trataré de concluir estas reflexiones, en la frontera del análisis político y la reflexión teológico-espiritual, enfocando la necesidad de resolver los dilemas aparentemente paralizantes entre camino hacia la justicia y camino hacia la paz.

## **1. Esquipulas II: irrupción política y tiempo de gracia**

El día 7 de agosto de 1987 se abrió en Centroamérica una nueva coyuntura histórica: el largo túnel de un conflicto cada vez más sangriento y prolongado a través del cual los pueblos centroamericanos venían avanzando, pareció al fin dejar entrever la claridad de una paz posible. Los presidentes de los cinco estados centroamericanos acordaron un "procedimiento para establecer una paz firme y duradera en Centroamérica". Por primera vez no se habló sólo de principios; se diseñó, en cambio, un método, un camino hacia la paz, se fijaron plazos y se concertaron parámetros e instituciones de verificación. También por vez primera no fueron los mediadores de Contadora y Apoyo los que perfilaron un texto; los mismos presidentes comprometieron su firma.

### *La irrupción política de la paz*

Lo más asombroso es sencillamente que haya ocurrido. Nadie lo habría pronosticado al principio de este año. Supone de veras una ruptura en los dinamismos terribles de la destrucción, un freno a la inercia disparada de la guerra. Esquipulas II es histórico, ha desencadenado la novedad en la historia centroamericana. Ahora bien, para que haya, según la fe cristiana, salvación en la historia, hace falta que haya experiencias históricas que todo el mundo experimenta como liberadoras. Estas experiencias de salvación en la historia no agotan en nuestra fe el contenido de la salvación, pero si no se las reconoce como salvación tampoco se es fiel a la fe cristiana. En estos años posteriores a la revolución sandinista en Nicaragua, la experiencia colectiva de los centroamericanos, una nueva experiencia cultural, ha sido la experiencia de una historia que parecía cargarse de un futuro de más pobreza, más guerra y menor oportunidad para la justicia y para la libertad. La sangre, el exilio, el refugio,

el desplazamiento y el hambre representaban difícilmente experiencias de salvación en la historia. Toda la expectativa de justicia, de hermandad, de participación adulta y libre, que la revolución sandinista había alimentado, parecía sometida a un futuro de fracaso, porque se le negaba la condición básica para desarrollarse: la paz.

Ahora la historia centroamericana ha dado un giro. Con los acuerdos de Guatemala cuatro gobiernos centroamericanos que no han propiciado entre sus pueblos una revolución hacia la justicia desde la perspectiva de los pobres -perspectiva que sí se ha adoptado en Nicaragua-, se han unido al gobierno nicaraguense para reclamar la paz como derecho del pueblo y del estado de Nicaragua. De verdad están reclamando la paz para un nuevo modelo revolucionario de sociedad y, así, lo están aceptando como legítimo. Al mismo tiempo reclaman de Nicaragua que ese nuevo modelo dé de sí un máximo de libertad, un máximo de representación y participación democrática, como cumplimiento del anhelo de liberación que su pueblo expresó en su insurrección. Finalmente la dinámica propia de estos reclamos hace que los acuerdos de Guatemala impongan a toda la región una misma meta, una democratización, cuyo proceso incluye la justicia social, el respeto de los derechos humanos, la verdadera independencia -plena de soberanía y libre de injerencias externas para definir el modelo de sociedad-, el perfeccionamiento de la democracia representativa y la efectiva participación popular en la toma de decisiones, es decir, también una auténtica democracia participativa. Todo esto constituye el germen, la semilla de un futuro diametralmente opuesto al presente. Constituye la siembra de una experiencia histórica de salvación para los pueblos centroamericanos.

En este sentido, Esquipulas II es histórico, rompe la inercia de una historia anterior. En Esquipulas II irrumpe una nueva política, un intento nuevo de ejercer el poder para transformar la sociedad centroamericana actual y construir un futuro diferente para la convivencia en Centroamérica. De alguna manera, los acuerdos de Guatemala encierran *el esbozo de una Constitución Política para toda la región*. Y los contenidos de ese esbozo tienen mucha

relación con los anhelos básicos de las mayorías centroamericanas. Esquipulas II puede aparecer en la superficie solamente como la obra de cinco presidentes, de cinco líderes políticos centroamericanos, pero su profundidad reside en que es también la obra de los pueblos de Centroamérica, el fruto de las dignas luchas de estos pueblos para fundamentar la paz en la justicia y en la libertad. Se trata de un fruto aún precario. Sobre él pende la amenaza de los 270 millones de dólares que Reagan pedirá al Congreso para seguir financiando la contrarrevolución porque, según él, Esquipulas II "no asegura la democracia en Nicaragua ni protege los intereses de seguridad de los EE.UU."

**Esquipulas II no es sólo su texto. Es también su contexto.** Lo fundamental de su contexto ya está dicho: las auténticas y dramáticas luchas que el pueblo centroamericano, espontánea y organizadamente, ha llevado a cabo, a un precio tremendo y generoso de su propia sangre, para alcanzar (como dice el texto) "sociedades más igualitarias y libres de la miseria". Pero hay otro contexto muy importante. Esquipulas II es la primera ocasión histórica en que los cinco presidentes centroamericanos enfrentan directamente el intento de imposición de un presidente de los Estados Unidos. En las circunstancias reales de este mundo al final del siglo XX, tal enfrentamiento significa la resistencia a dejarse imponer un marco histórico que atrapa el desarrollo de nuestros pueblos en la contraposición geopolítica Este-Oeste. Es este marco, artificialmente asfixiante, el que ha hecho imposible en Centroamérica la coexistencia de la lucha por la justicia y por la libertad con la paz. Los gobiernos estadounidenses no han aceptado hasta ahora más que un único estilo de paz, el de la "pacificación" de las luchas del pueblo, siempre leídas ideológicamente y demonizadas como comunistas, como pro-soviéticas, en su origen o al menos en su manipulación. Detrás de esta ideología está la convicción de un sistema imperial -o "expansionista" como lo llamó Theodore Roosevelt- que quiere asegurar el máximo alcance de su influen-

cia para mantener acceso tranquilo al máximo de recursos materiales de la tierra\*. La semilla de auténtica independencia que hay en este primer enfrentamiento de los cinco gobiernos centroamericanos con el gobierno de los EE.UU., tiene el significado de asentar la condición de posibilidad para la paz: hacer saltar la trampa de los intereses geopolíticos de los EE.UU. en que Centroamérica estaba atrapada. Lo que los escépticos y pusilánimes han afirmado siempre como el mayor error de la revolución sandinista es lo que ahora los cinco presidentes centroamericanos han decidido: mantenerse firmes frente a la imposición que los EE.UU. quiere lograr de sus propios intereses de seguridad imperial como los intereses de seguridad de Centroamérica. Y esta decisión política, si no resulta flor de un día, es lo que abre en Centroamérica la posibilidad de coexistencia de la lucha por la justicia y por la libertad con la paz.

### *Un tiempo favorable para la paz*

Para los cristianos, esta irrupción histórica que siembra la semilla de un giro político en Centroamérica, tiene que ser leída como un signo de los tiempos. Hay que discernir este signo que apunta a un "tiempo favorable", a un tiempo de transformación social que puede conllevar experiencias de salvación y por eso puede llegar a ser un tiempo de gracia. Se trata de un período de historia que empezamos a vivir y que puede estar maduro para convertirse en salvación en la historia de los pueblos centroamericanos.

(\*) "... Poseemos alrededor del 50% de la riqueza del mundo, pero sólo el 6.3% de su población... En esta situación no podemos dejar de ser objeto de envidia y resentimiento. Nuestra verdadera tarea en el tiempo que se avecina es diseñar una red de relaciones que nos permita mantener esta disparidad sin detrimento positivo de nuestra seguridad nacional". KENNAN, GEORGE, Policy Planning Study 23, Febr. 24, 1948, en CHOMSKY, NOAM, **Turning the tide**, Boston, South End Press, 1985, p. 48.

Nuestra fe confiesa a Dios, al Padre de Jesucristo, como Señor de la historia ("los tiempos y las fechas **-kairoi-**", están bajo su autoridad -cfr. He 1,7-). La historia tiene un comienzo decisivo que Dios pone bajo el signo de su proyecto de vida para la humanidad (cfr. Jn 1,1.4) y para todo el universo (cfr. Gen 1,31). La historia tendrá también una hora final, sólo conocida por el Padre (cfr. Mc 13,32). La historia tiene sobre todo una hora de plenitud, un momento estelar, que se realiza en la sencillez de la condición humana de la mayoría de la humanidad; se trata de la hora de la encarnación de Dios, cuando Dios, en Jesús de Nazareth, se hizo "uno de tantos" entre los pobres (cfr Gal 4,4 y Fil 2,7).

Jesús invita a vivir la historia cotidiana en una preocupación por el presente, cargada de trabajo diario para que se vaya haciendo realidad la justicia y la solidaridad entre los hombres como verdadera fidelidad a Dios y como presencia suya acogida (cfr. Mt 6,33-34). Es así como la cotidianidad se llenará de sentido y permitirá una actitud de confianza en el futuro (Mt 6,25-34). En este sentido, todo tiempo histórico es un tiempo capaz de ser tiempo de salvación, con tal de que en él exista una respuesta responsable de los hombres al llamado de Dios de construir la justicia, acogiendo así su gracia. La historia está llena ya de una nueva alianza de Dios en Jesús con la humanidad (cfr. Mc 14,24); se trata de una alianza definitiva (cfr. Jer 32,40; Is 55,3). Por eso la historia no la podemos vivir los cristianos ya con temor sino únicamente con esperanza en el futuro (cfr. Rom 8, 15.18-39) y encargándonos responsablemente de ella (cfr. Mt 6,33).

Sin embargo, dentro de esta historia, capaz de salvación cotidiana, hay tiempos críticos, tiempos de prueba (Lc 8,13) en los que el desafío es no desertar de la tarea cristiana de búsqueda de la justicia, y tiempos favorables, oportunidades históricas para la gracia, cuyos signos hay que discernir (cfr. Mt 16,3; Lc 12,56) y que son ocasiones que hay que aprovechar (cfr. Gal 6,10; Ef 5,16; Col 4,5). La inesperada confluencia de los cinco presidentes centroamericanos en un "procedimiento para establecer una

paz firme y duradera" es uno de esos signos discernibles como señal de que se abre un tiempo de gracia para el pueblo de los pobres en Centroamérica, porque en ese procedimiento se acogen algunos de los anhelos de vida más patentes en la larga lucha por la justicia de estos pueblos. Cristianamente es preciso ver el tiempo que ahora discurre como un tiempo favorable a la salvación, como una condensación del paso del Señor por la historia humana.

No obstante, todo **kairós**, todo tiempo favorable para la salvación, es también un tiempo crítico; frente a su irrupción los hombres y los grupos sociales pueden quedar anclados en el pasado, incapaces de reconocer las señales que anuncian lo nuevo, porque las señales que buscan son otras. En tiempos de Jesús los fariseos y los saduceos se mostraron ciegos ante los signos proféticos (curaciones y anuncio de buenas noticias -mensajes de esperanza- a los pobres) o renovadores de la tradición del Exodo (enseñar a compartir el alimento) que Jesús hizo. En cambio, le exigieron señales espectaculares, directamente referibles a Dios, anuladoras de la responsabilidad humana frente a la historia.

En un pasaje, lleno de actualidad para nuestras circunstancias después de Esquipulas II, Jesús expresa con su llanto la profunda angustia que le causa ver a su patria, amada por El, rechazando "lo que lleva a la paz", sin poder "reconocer la oportunidad (**kairós**) que Dios (le) daba" (cfr. Lc 19, 41-44). Observando en el Evangelio de Lucas la oposición frontal entre Jesús y la acumulación de riqueza, la contraposición de las malaventuranzas a las bienaventuranzas, la crítica radical que hace de la seguridad y superioridad religiosa de los judíos ortodoxos, y la forma como se construyen los relatos de la niñez de Jesús alrededor de las esperanzas de los pobres y de los oprimidos (la "paz en la tierra" se les ofrece a ellos y en boca de María se pone el **Magnificat**), es claro que lo que los grupos dirigentes de su patria buscaban eran signos de paz coherentes con el mantenimiento de su posición privilegiada de riqueza, poder o influjo religioso. Al pueblo, en cambio, lo manipularon para que se apartara de Jesús,

porque no había tomado una opción sediciosa contra los romanos, y por eso lo contraponen a Barrabás. Jesús expresó su angustia ante esta ceguera, incapaz de ver que él anunciaba algo más, el Reino, y que su "revolución" no reconocía la vigencia de las instituciones corrompidas y caducas de Israel que el zelotismo guerrillero quería reformar con estrechez y exclusivismo nacionalista. Frente a "la oportunidad" histórica perdida, Jesús contempla el cuadro futuro inevitable de la guerra y de la destrucción de su patria.

Los signos de los tiempos no son evidencias inequívocas. Muchas imágenes de expectativa de un mesías nacionalista y guerrero, restaurador del reino de David y Salomón, se interponían entre los signos de Jesús y el rechazo de muchos a reconocerlo como enviado auténtico de Dios. El apego de su corazón a estas imágenes les impedía romper sus esquemas previos y acoger la libertad de Dios en Jesús. La capacidad para discernir los signos supone una distancia crítica de las ideas recibidas, una libertad profunda frente a los propios intereses, una opción preferencial por los intereses de los pobres, una disposición más a dar la vida que a asegurarla, una correcta visión de las instituciones sociales radicalmente nuevas que se necesitan crear para posibilitar una mayor justicia, y un juicio histórico sobre lo que pueden dar de sí las circunstancias sin, empero, nunca desertar de dejar abiertas las instituciones a su continua vocación de posibilitar libertad y justicia. Los signos de los tiempos son una invitación a la responsabilidad humana, personal y social, y sólo la disposición de poner por delante los intereses de los pobres, porque con ellos Dios se ha comprometido, puede hacer que su ambigüedad sea despejada y que se miren los caminos por los que se puede avanzar históricamente en estas oportunidades de salvación. Frente a este signo de los tiempos que es Esquipulas II, el análisis cristiano tiene que convertirse en proceso de examen, en decisión de radical autocrítica, para ver cómo está nuestra fidelidad a Dios y por ello nuestra fidelidad a la vida, no sea que nos pase lo que Jesús denunció: que nuestros intereses, nuestra práctica interesada y egoísta nos disuada de caminar hacia la luz (cfr. Jn 3,20).



## 2. El anhelo de Paz en Centroamérica

### *Extremos de violencia y lucha pacífica por la justicia*

Es indudable que Centroamérica está recorrida hoy por una profunda aspiración a la paz. Pero la paz que los centroamericanos anhelamos no es simplemente la ausencia de la guerra. Los conflictos actuales que desgarran Centroamérica han sobrevenido por la miseria, la opresión, la discriminación, la manipulación cultural que, tanto a nivel nacional como internacional, constituyen una situación de violencia institucionalizada y han provocado que importantes sectores del pueblo centroamericano recurran a una reacción de violencia como recurso extremo para transformar la situación. En medio de estas dos situaciones, la de violencia que mata, oprime y manipula estructural y consuetudinariamente, y la del recurso extremo insurreccional, se pueden olvidar fácilmente los enormes esfuerzos que las mayorías centroamericanas han hecho para transformar pacíficamente, por medio de su participación ciudadana, las instituciones que estructuraron la violencia. Se pueden, pero no se deben olvidar.

En la entraña del pueblo centroamericano de los pobres hay una memoria colectiva de sus actitudes de protesta contra el orden establecido que los desprecia y frente al cual sus vidas no cuentan más que como instrumentos de ganancia, de prestigio y de poder para unos pocos. La protesta ha sido continua, porque vive también escondida en las épocas de resignación. La protesta, de manera muy diferente a como la representa la imagen ideológica de los dominantes, no ha sido fundamentalmente destructiva, ni principalmente alborotadora, ni mucho menos terrorista y deshumanizante. Ha sido, en cambio y sobre todo, organización activa, trabajo para modificar la sociedad, invento de caminos hacia la vida.

Ha sido, en Guatemala, p. ej., desde 1945, una ingente y abigarrada proliferación de organizaciones sindicales,

urbanas y rurales, de comités vecinales, de aldea, religiosos, de derechos humanos, que han dado cauce a la protesta y a la participación de los pobres; han sido las marchas que han recorrido cientos de kilómetros del territorio nacional clamando por los salarios, reclamando la tierra; han sido las huelgas, las ocupaciones; y ha sido también la participación electoral, tantas veces defraudada. Ninguna de esas manifestaciones ha pretendido otra cosa que posibilitar el trabajo en formas más humanas (comités de introducción de agua, de construcción de caminos, de escuelas, de casas comunales, comités de fiestas, cooperativas para diversificar los productos, para edificar viviendas, para conseguir abono y pesticidas y semillas a precios razonables). Todas estas actividades han sido enfrentadas con la amenaza, la cárcel, la tortura, la desaparición y la muerte, para crear el terror que las paralice. Hasta llegar hoy a tener un altiplano indígena, hogar de una gran parte de la población del país, militarizado con las patrullas civiles obligatorias y el gran medio de control social que son las aldeas modelo, con su trabajo forzado y vigilado.

La historia de los pobres en El Salvador, en Honduras, en Nicaragua, ha sido la misma, una historia mucho más, inconmensurablemente más marcada por la organización para la vida que por el recurso extremo de las armas. Tan importante es, además, que cuando los pobres han recurrido a las armas muy pocas veces han usado los métodos deshumanizantes de la masacre indiscriminada y nunca los de la tortura o los de la desaparición. La revolución nicaragüense ha pasado ya a la historia por haber abolido la pena de muerte, por haber reducido a 30 años la pena máxima de encarcelamiento, por haber resistido la prueba de múltiples investigaciones de organizaciones de derechos humanos sobre la tortura y por usar desde el poder un discurso insistente en contra de la venganza y en favor del perdón. Con motivo de la problemática de la amnistía está reciente el encuentro del Presidente Daniel Ortega el día 6 de septiembre con las madres de jóvenes caídos en la guerra; ellas le pidieron no decretar una amnistía general, pues "sería una burla a la sangre de nuestros hijos muertos"; y él les respondió que "en la Nicaragua revolu-

cionaria hemos actuado con generosidad y con espíritu de justicia, pero nunca de venganza". Después les prometió reflexionar sobre su petición y su sensibilidad.

### *Dignidad vs. superioridad-inferioridad*

Los anhelos de paz del pueblo centroamericano son anhelos de humanidad. Lo que anhela el pueblo de los pobres es transformar sobre todo las relaciones sociales de superioridad e inferioridad, en las que se basa la institucionalización de la violencia. La mayoría del pueblo centroamericano ha vivido secularmente envuelto en estas relaciones de superioridad e inferioridad, que son las que encierran más potencial de homicidio y aun de genocidio de parte de los que aceptan como lo más natural sus identidades culturales de superioridad contra aquellos a quienes se define culturalmente como inferiores. Se trata de las relaciones entre colonizadores y colonizados, entre nacionales y extranjeros, entre blancos y mestizos, negros, mulatos o indios, entre dirigentes y pueblo, entre cultos e ignorantes, entre hombres y mujeres, entre modernos y atrasados, entre país imperialista y región imperializada. Las relaciones de superioridad encubren la común humanidad de todos y soterran la dignidad y el valor humano de las mayorías. Su vida vale así menos que la de las minorías "superiores". La cultura de la superioridad permite despreciar la vida de los "inferiores", hace legítima y razonable la explotación económica y el silenciamiento político de las mayorías. Pero en la cultura de la superioridad pervive el clamor de igual dignidad que grita la humanidad de los pobres. Por eso la cultura de la superioridad ha vivido del miedo a que los pobres, que son las mayorías, ejerciten su dignidad. Y por eso, los ha ido transformando en enemigos del "orden" y -cuando ellos han despertado a su dignidad- los ha perseguido con represiones brutales. La enemistad, en las últimas décadas, se ha justificado religiosamente, haciendo de las reivindicaciones de dignidad manifestaciones de comunismo ateo.

Los anhelos de paz del pueblo centroamericano no son deseos de pacificación a cualquier precio. Es importante que el mundo los interprete en su realidad. No todos los

centroamericanos tienen una idea clara de la geopolítica de los gobiernos estadounidenses, pero cada vez más centroamericanos vibran con una aspiración a ser respetados como estados independientes con auténtico derecho a su soberanía. No todos los centroamericanos entienden los mecanismos económicos internacionales y nacionales que los explotan y perpetúan su miseria, pero hay muy pocos que no reclaman tierra, trabajo, educación, salud, ingresos decentes, oportunidades de descanso significativo humanamente. No todos los centroamericanos entienden el arte de hacer política, pero todos reclaman ser tomados en cuenta, tener una palabra libre, poder dialogar con los gobernantes, participar en las decisiones que van a configurar su futuro. Sobre todo, todos los centroamericanos tradicionalmente despreciados reclaman respeto a su humanidad, el reconocimiento de su dignidad, que les permita edificar una vida más humana.

### *Características nacionales de los anhelos de paz*

El contenido del anhelo de paz que hoy recorre a Centroamérica tiene su núcleo fundamental en esta aspiración a que nuestro pueblo sea respetado, a que se responda sin tardanza a su reclamo de ser sujeto histórico responsable de la edificación de una sociedad mejor. El clamor de los pobres grita "¡Queremos la paz!". Y la paz significa transformar radicalmente la violencia institucionalizada que se hace internacionalmente a nuestros estados y dentro de la nación a las grandes mayorías. Por eso el anhelo de paz se diversifica nacionalmente, conforme a las particularidades de cada país. En Nicaragua el clamor por la paz es precisamente eso: que se termine la guerra, que cesen la guerra impuesta, la agresión, el llanto y el dolor, porque así habrá condiciones de posibilidad para mejorar la economía, para invertir los escasos recursos en la producción y se abrirá la posibilidad de una participación ciudadana irrestricta en pleno cumplimiento de la Constitución.

En El Salvador el clamor por la paz es una exigencia de diálogo entre el gobierno y los frentes armados revolucionarios, un diálogo que se haga nacional, para incluir

como interlocutores a las fuerzas sociales populares que luchan pacíficamente por la vida fuera de zonas de guerra; el clamor por la paz es una exigencia de acuerdos institucionales que permitan acabar con los escuadrones de la muerte y que reorganicen las fuerzas armadas y de seguridad, de manera que se acabe con la violación de los derechos humanos; la paz en El Salvador reclama la ruptura de la sumisión de los intereses nacionales a los intereses geopolíticos de los Estados Unidos.

En Guatemala el clamor por la paz se traduce en la exigencia de que desaparezcan las patrullas civiles y las aldeas modelo, que el ejército renuncie a imponer su presencia decisiva en la vida ciudadana, que se desarme a los grupos armados paramilitares, que se desbloqueen los obstáculos para un acceso justo a la tierra, que se doblegue la intransigente resistencia de la iniciativa privada a cualquier programa de realización de la justicia social, que se garantice un regreso de los refugiados y desplazados a sus lugares de origen con protección para su seguridad política y económica, que se instaure un verdadero debate nacional que dé salida al problema de los desaparecidos, y en general al problema de la enorme división que ha destrozado la sociedad guatemalteca.

En Honduras el clamor por la paz contiene la exigencia de que el país se libere de la presencia militar estadounidense e independice su política, que se impida eficazmente la presencia de contrarrevolucionarios nicaragüenses armados en sus campamentos, que se detenga la prepotencia militar causante de tanta inseguridad ciudadana, que se impulse de verdad un proceso democrático depurador de la corrupción en la ejecución de proyectos, en la compra de cúpulas sindicales.

En Costa Rica el clamor por la paz exige que se detenga el proceso de creación encubierta de un ejército nacional y el proceso de deterioro de la distribución menos injusta de la tierra que había en este país.

### *No injerencia de superpotencias*

Los presidentes centroamericanos se hacen eco de

este anhelo de paz en el texto del acuerdo. Piden "respeto y ayuda a la comunidad internacional para (sus) esfuerzos; (afirman que tienen) caminos centroamericanos para la paz y el desarrollo". Es claro en este párrafo que el obstáculo mayor para la paz viene del irrespeto a la soberanía de los estados nacionales. En estas frases resalta, de manera moderada en la expresión, la primera formulación de una voluntad de independencia que libere a Centroamérica del potencial de guerra encerrado en la definición de sus conflictos bajo el marco de la contraposición global Este-Oeste. Los presidentes se comprometen a "hacer prevalecer el diálogo sobre la violencia y la razón sobre los rencores", un contenido sin duda de la paz que los centroamericanos desean, pero que implica un compromiso para que haya dialogantes que puedan hacer valer libremente sus razones, de manera que las organizaciones populares puedan moverse sin temor a las represiones del ejército y de los cuerpos de seguridad. Los presidentes centroamericanos afirman que, en un "clima de libertad" tomarán medidas "que permitan acelerar el desarrollo para alcanzar sociedades más igualitarias y libres de miseria" y declaran que "la consolidación de la democracia implica la creación de un sistema de bienestar y justicia social".

Independencia frente a las grandes potencias, desmilitarización de la vida política, libertad de participación y sistemas fundados en la justicia social, son los contenidos de esa "paz firme y duradera" para Centroamérica. Sin duda, su concertación supone un compromiso ante la historia.

### **3. El trabajo de los cristianos por la paz**

#### *Bienaventurados los que trabajan por la paz*

Frente a un tiempo histórico, cuyas señales, discernidas cristianamente, anuncian experiencias históricas de salvación para los pueblos centroamericanos, y que además

responden a los anhelos de paz que recorren Centroamérica, los cristianos debemos enfatizar el trabajo por la paz. El trabajo por la paz es objeto de una de las promesas de felicidad que Jesús desarrolla en las Bienaventuranzas: "Dichosos los que trabajan por la paz porque a éstos los va a llamar Dios hijos suyos" (Mt 5,9). Las Bienaventuranzas son la forma de vida de la humanidad nueva, son el código de la nueva alianza que Dios hace con la humanidad en Jesús. En las Bienaventuranzas Dios promete que cambiará la suerte de los que sufren patentemente por causa de la opresión, de los que han perdido su libertad porque han sido despojados de medios de subsistencia, y de los que carecen de esa justicia tan necesaria que se debe al oprimido y al despojado como se le debe el alimento y la bebida necesarias para vivir. Se trata de los mismas personas, cuya liberación dice el Evangelio de Lucas que es la misión de Jesús (cfr. Lc 4,16-21). Pero además en las Bienaventuranzas Jesús promete la felicidad a todos aquellos que aceptan su invitación a asumir una misión semejante a la de El: a los que prestan ayuda, es decir a los que practican una compasión eficaz con los necesitados (cfr. Mt 25,34-36, para ver la coherencia de todo el Evangelio), a los que mantienen su corazón alejado de la idolatría de la riqueza y bien dispuesto para con los demás, y a los que trabajan por la paz.

El trabajo por la paz hay que entenderlo en toda la riqueza de lo que significa la paz en la Biblia. No se trata de esforzarse simplemente por el cese de la guerra. Se trata de esforzarse por una convivencia humana en la que los bienes materiales necesarios para una vida digna estén accesibles a los hombres y en que relaciones de solidaridad marquen la convivencia social. La mirada debe estar puesta en desvivirse por compartir los bienes materiales y la confianza en los demás que implica la solidaridad. Trabajar por la paz hoy, cuando conocemos la violencia institucionalizada que la obstaculiza y las estructuras sociales injustas apoyadas en las ideologías de superioridad y enemistad (ideologías de la seguridad nacional), significa desvivirse por impulsar transformaciones profundas y urgentes en las estructuras y una reeducación de los valores. Pero Jesús anuncia la paz también para

los corazones. El trabajo por la paz, en las Bienaventuranzas, incluye esforzarse para que los corazones, las actitudes humanas de fondo, estén llenas de solicitud por el bien del prójimo, representado sobre todo por los que sufren despojo y opresión y están privados de justicia. La paz del corazón no viene, según Jesús, esforzándose por ella, sino que viene como don de Dios para los que trabajan por la paz en la sociedad y en los corazones de los demás. Son ellos los que "verán a Dios", es decir, los que tendrán en su vida la experiencia de Dios; son ellos "a los que Dios llamará hijos suyos", es decir entre ellos y Dios se plasmará una relación de confianza y ternura como la que existe entre Jesús y Dios, precisamente porque este nombre de hijos de Dios revela que su trabajo, su conducta es semejante a la conducta de Dios con la humanidad.

Si las Bienaventuranzas señalan el trabajo por la paz como una de las notas características del amor cristiano, si, por consiguiente, ese trabajo tiene que ser tarea cotidiana de búsqueda de la justicia del Reino, cuánto más tiene que ser tarea de los cristianos en tiempos históricos como el actual, que se caracterizan por ser tiempos favorables, oportunidades especiales para la paz.

*Los obispos en las Comisiones Nacionales de Reconciliación: llamado a toda la Iglesia*

Los presidentes centroamericanos han asignado en sus acuerdos un papel especial a los cristianos, en concreto a los católicos que constituyen la mayoría de los cristianos en Centroamérica. En las Comisiones Nacionales de Reconciliación han dado un lugar a un obispo católico en cada país. Estas comisiones nacionales tendrán la tarea de constatar "la vigencia real del proceso de reconciliación nacional, así como el respeto irrestricto de todos los derechos civiles y políticos de los ciudadanos centroamericanos reconocidos en este documento" (el texto de los acuerdos). La misión tendrá que ver con "la verificación de los compromisos (contraídos) en materia de amnistía, cese del fuego, democratización y elecciones libres".



A través de la presencia episcopal en estas comisiones se presenta a la Iglesia Católica y, en general, a los cristianos, un canal importante para encauzar toda una energía cristiana de trabajo por la paz. Se trata de la entrega de una responsabilidad histórica que reconoce a la Iglesia, seguidora de Jesús, una misión importante en pro de la paz. En esas comisiones se ofrece a los obispos la oportunidad de mantener firmemente el contenido cristiano de la paz. ¿No será éste el momento para que los obispos católicos de Centroamérica organicen una consulta extraordinaria entre ellos, en primer lugar, de manera que los representantes de las Conferencias Episcopales en las Comisiones de Reconciliación cumplan en ellas su misión, de acuerdo, ciertamente, a su conciencia, pero también alentados y alimentados, por la posición de todos los pastores de la Iglesia Católica en la región? ¿No habrá llegado el momento también de que exhorten a sus senados presbiterales y al clero diocesano en su conjunto, a las Conferencias de religiosos y las congregaciones femeninas y masculinas de religiosos, a las organizaciones laicales, a las comunidades de base, a los delegados de la palabra y a tantos catequistas, para que toda la Iglesia Católica en Centroamérica se ponga en estado de reflexión y discernimiento sobre este tiempo favorable para la paz y realice un aporte significativo, en formulación de anhelos y en acciones prácticas que ayuden a mantener vivo el impulso hacia la paz?

A nuestro modo de ver, no sólo fueron las luchas dignas y justas de partes importantes del pueblo centroamericano, sobre todo del pueblo mayoritario de los pobres, las que han sido la condición de posibilidad más importante para la firma de Esquipulas II, sino que además, sólo la participación masiva de fuerzas sociales espontáneas y organizadas en cada país, podrá dar a los presidentes y a los gobiernos la expresión del apoyo y de la urgencia popular que van a necesitar para mantenerse firmes en los caminos de la paz. La Iglesia Católica, a través de sus obispos, ha afirmado en Puebla que "la Iglesia...debería ser la escuela donde se eduquen hombres capaces de hacer historia, para impulsar eficazmente con Cristo la historia

de nuestros pueblos hacia el Reino" (nº 274). ¿No sería esta la hora en que de la Iglesia tendría que levantarse una potente convocatoria para poner a todo cristiano que quiera escuchar en trance de hacer historia, en trance de ejercer una presión constante e incansable para que se impulse la historia hacia la paz, para que se den los pasos que hacen falta hacia el respeto de los derechos humanos, hacia el diálogo en la sociedad que señale caminos de convergencia en la justicia, hacia medidas concretas que erradiquen el terror del acoso paramilitar contra los ciudadanos y lo despojen de su impunidad; para que se den pasos hacia la democracia social y política, representativa y participativa, que el pueblo anhela?

### *Servicio eclesial al dinamismo de los acuerdos de paz*

En los textos de los acuerdos de Esquipulas II hay **una letra estricta**, en sí misma ya sorpresivamente esperanzadora; pero sobre todo hay **un dinamismo** desencadenado por la urgencia de la paz, que explica esa misma sorpresa. La simultaneidad con la que se vinculan los pasos que cada gobierno debe dar en este proceso hacia la paz, puede convertirse en un callejón sin salida si los tremendos obstáculos para dar esos pasos llegan a pesar en algunos países más que la voluntad política de darlos. Precisamente por ello se está escuchando cada vez más un llamado a que aquellos gobiernos con audacia suficiente, con reservas de imaginación política, adelanten su propio servicio a la simultaneidad dando pasos que, por fuerza, deben ser unilaterales y anticipatorios. En el punto crucial de estos acuerdos, los gobiernos se comprometen a solicitarse mutuamente el cese de cualquier tipo de ayuda a las fuerzas irregulares o movimientos insurreccionales, y a solicitarlo también de los gobiernos extra-regionales y a extender esta solicitud a las fuerzas irregulares y a los grupos insurgentes para que no acepten recibir esa ayuda. ¿No habrá llegado el momento de que los obispos centroamericanos se adelanten en hacer por su cuenta esta solicitud? Es claro que eso no se lo pide la letra estricta de los acuerdos, pero, ¿no sería esa solicitud acorde con el dinamismo que los anima?

En San José de Costa Rica un encuentro conjunto de 19 obispos centroamericanos y estadounidenses coincidió en julio recién pasado "en que la solución a los conflictos que afligen a América Central debe buscarse por medios políticos". Afirmaron también que "hemos sido unánimes en afirmar que los Estados Unidos en sus relaciones con América Central debe dar clara prioridad a la ayuda económica para el desarrollo sobre la militar". ¿Es esta la realidad de la política de los EE.UU. con Guatemala, y sobre todo con Honduras, El Salvador y Nicaragua? ¿No sería importante en estos momentos que los obispos centroamericanos expresaran el clamor de los pueblos en carta dirigida al Presidente de los EE.UU. y en otras dirigidas a los grupos irregulares e insurgentes? Los obispos de los EE.UU. han expresado una y otra vez al Congreso de los EE.UU. su oposición abierta a la ayuda militar a los contrarrevolucionarios nicaragüenses, por considerarla "ilegal e inmoral". Pero en esta larga crisis que desgarr a Centroamérica, se echa de menos una voz similar, proveniente del episcopado centroamericano, una voz aún más profética, en la que resuene la intolerabilidad a los ojos de Dios de la guerra como procedimiento de una gran potencia para presionar a los gobiernos centroamericanos, y en la que resuene la verdad humana angustiante de esta "presión": la sangre de miles de víctimas y el brutal retroceso a causa de la guerra, de las capacidades de nuestros países para combatir la miseria y para programar un desarrollo más justo.

### *La actualidad profética de "Pacem in Terris"*

En estos graves momentos, ¿no nos ayudaría una pastoral de la paz montada sobre la maravillosa carta del Papa Juan XXIII, "Paz en la tierra"? No se cansó el anciano papa de asegurar en esa carta que **sólo sobre la verdad, la justicia, el amor y la libertad se podría edificar la paz.** Al hablar de las relaciones internacionales, el Papa Juan se atrevió a fundarlas sobre los mismos principios. La verdad en las relaciones internacionales exige que "se reconozca como principio sagrado e inmutable que todas las comunidades políticas son iguales en dignidad

natural... (que ninguna ventaja) en el grado de cultura, civilización y desarrollo económico... (es) causa lícita para dominar injustamente a las demás (naciones)" (nn. 86 y 88). La justicia en las relaciones internacionales exige que, si hay diferencias de intereses entre las naciones, "no deben zanjarse con las armas... sino... por la razonable comprensión recíproca, el examen cuidadoso y objetivo de la realidad y un compromiso equitativo de los pareceres contrarios" (n. 93). El amor, que en las relaciones internacionales el Papa Juan traduce como solidaridad activa, pide, al menos, que "las comunidades políticas, al procurar sus propios intereses... (no perjudiquen) a las demás" (n. 99). Finalmente la libertad en las relaciones internacionales postula que "la ayuda a las demás naciones deba prestarse de tal forma que su libertad quede incólume y puedan ellas ser... las protagonistas decisivas y las principales responsables de la labor de su propio desarrollo económico y social... (de manera que) las naciones más ricas, al (ayudar) a las más necesitadas... se abstengan de cualquier intento de dominio político" (nn. 123 y 125).

En esta coyuntura política en que la paz está menos lejos que nunca, en este tiempo favorable para que tantos centroamericanos tengan experiencias históricas de salvación, estas palabras del Papa Juan XXIII resuenan con acento profético frente a la realidad de la ayuda estadounidense a la contrarrevolución nicaragüense, frente a las bases y a las maniobras militares de los EE.UU. en Honduras, frente a las presiones inauditas con que se reviste todo proyecto de ayuda económica de los EE.UU. a los gobiernos centroamericanos. ¿No habrá llegado la hora de que nuestros obispos las hagan traducción viva, profética, de los anhelos de dignidad internacional de los pueblos centroamericanos? La experiencia de estos pueblos es coincidente con la que el Papa Juan señaló hace 24 años: "la experiencia enseña que los pueblos son sumamente sensibles, y no sin razón, en todas aquellas cosas que de alguna manera atañen a su propia dignidad" (n. 89). ¿No será esta la hora para que los obispos de Centroamérica reclamen que los EE.UU. acaten el orden jurídico internacional y acepten la sentencia de la Corte Internacional de La Haya respecto de su acción contra Nicaragua?

## *Fidelidad a la verdad de Centro América*

Parece bastante claro que uno de los dinamismos que puede hacer fracasar el camino hacia la paz, iniciado en Esquipulas II, es la interpretación de los acuerdos como una camisa de fuerza para el gobierno sandinista de Nicaragua, como una vuelta de torniquete aplicada a ese gobierno para presionarlo a humanizar una revolución que se valoraría como engañosamente justiciera y realmente dictatorial y totalitaria. Se trata de poner toda la carga de cumplimiento en Nicaragua, de vigilarla de cerca como si sólo Nicaragua tuviera que cumplir con los acuerdos de Esquipulas II para que se pueda alcanzar la paz. La manera como el Presidente Reagan y su equipo de gobierno hablan de "las cuatro democracias centroamericanas" excluyendo a Nicaragua, es un buen ejemplo de este dinamismo. El Arzobispo de Guatemala, Próspero Penados, en la homilía con que acompañó el **Te Deum** de acción de gracias por la firma de los acuerdos, recogió en cambio la verdadera situación de los pueblos, hablando de las mayorías centroamericanas como "condenadas a nacer, a vivir y a morir en medio de la miseria, de la inseguridad y de la violencia". Y se refirió a que "actualmente, con mucha frecuencia parece que las opciones de diversos gobiernos estuvieran marcadas por la corrupción, la represión, la falsa demagogia, la defensa de intereses creados a costa de la vida y el irrespeto a los derechos fundamentales de los ciudadanos". Es esta una visión mucho más verdadera de "las democracias" a las que Reagan se refiere.

¿No habrá llegado la hora en que los obispos centroamericanos, en un verdadero esfuerzo de paz, devuelvan a Nicaragua lo que es de Nicaragua? ¿No estará el tiempo maduro para que un reconocimiento, tanto de los esfuerzos del proceso revolucionario nicaragüense en favor de la justicia como de su digna resistencia a dejarse presionar por los EE.UU., los haga muy creíbles a la hora de exigir al proceso nicaragüense que dé de sí lo máximo en libertades ciudadanas y en apertura a una seria crítica y a un vivo debate interno? ¿No será el momento de darle la vuelta proféticamente a este dinamis-

mo de responsabilización unilateral de Nicaragua y de urgir a todos los gobiernos de Centroamérica caminos de paz que empiecen a señalar el comienzo del fin para esa situación de los pueblos de Centroamérica que el Arzobispo de Guatemala califica de "agonía de la violencia y la muerte"?

Sería seguir los pasos -y profundizarlos- de la declaración de julio en San José de Costa Rica, cuando aquellos 19 obispos de Centro América y los Estados Unidos recordaron que "la democracia no se limita solamente a la vida política, sino que debería ser también social y económica". Y confirmaría el camino hacia la paz, destacado por Juan XXIII en **Pacem in Terris**, cuando escribió que "cada nación tiene el derecho a la buena fama" y que, en las relaciones internacionales "han de rechazarse por entero los sistemas de información que, violando los preceptos de la verdad y de la justicia, hieren la fama de cualquier país" (nn. 86 y 90). La distorsión de la imagen de Nicaragua ha sido uno de los combustibles que más han alimentado el incendio de la guerra en Centro América. Esta hora favorable para la paz, ¿no requiere de la Iglesia un esfuerzo de poner las cosas en perspectiva de serena objetividad, teniendo en cuenta sobre todo la visión de los pobres?

Es significativo que haya tocado al Arzobispo de Guatemala recordar frente a los Presidentes de Centro América la realidad de la agonía en que nuestros pueblos han vivido y viven. La instauración en Guatemala de un proyecto de gobierno formalmente democrático no ha hecho olvidar al Arzobispo la brutal realidad en que aquel pueblo está sumergido. El acuerdo de Esquipulas II contempla la región centroamericana en su conjunto y el acontecimiento de un proceso revolucionario en Nicaragua puede centrar el conjunto alrededor de este país. Las particularidades de los otros países pueden así quedar en la sombra como ha quedado en la sombra tanto tiempo la suerte del pueblo guatemalteco, moderno pionero en Centroamérica de un intento hacia la democracia, aplastado en 1954 por la acción conspiradora del gobierno de Eisenhower, con su visión del mundo de guerra fría. La realidad

de El Salvador, donde un movimiento insurreccional auténtico se desarrolla a pesar de toda la ayuda militar estadounidense al gobierno para destruirlo, quedó también constatada en su particularidad cuando el Arzobispo de San Salvador afirmó el domingo inmediatamente posterior a la firma de Esquipulas II, que en su país ningún camino hacia la paz puede llevar a la meta si no pasa por un diálogo que tome en cuenta al movimiento revolucionario en armas. Los acuerdos de Esquipulas II, en su letra estricta, no se hacen cargo suficientemente de estas particularidades, tan vitales para los pueblos. Esta deficiencia debe ser superada por el dinamismo profundo de los acuerdos, el anhelo de paz de los pueblos. La entrevista del Presidente Arias con los delegados del FMLN-FDR y la aceptación mutua de Arias como mediador para lograr aquel diálogo apuntan en esa dirección. ¿No sería **a fortiori** misión de la Iglesia trascender la letra estricta de los acuerdos y hacerse profunda y públicamente sensible a este dinamismo de la realidad, cuyo criterio, para la Iglesia, habría de ser el clamor de los pobres?

### *Amnistía y memoria de las víctimas*

La memoria **Jesu Christi passionis**, el recuerdo de "los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor", que "cuestiona e interpela" a la Iglesia en "rostros concretos" de los centroamericanos (Puebla, n. 31), debe ser acicate continuo para contribuir a ir configurando en esta hora la esperanza de los pobres en un futuro de paz. Cuando los obispos, como parte de las comisiones de reconciliación, deban verificar, p. ej., el cumplimiento de la amnistía, esta memoria del sacrificio de nuestros pueblos, sacrificio red vivo de Jesucristo, ha de llevar a saber motivar el perdón. El perdón es parte de la estrategia de paz con la que Jesús nos interpela. Con ella cuestiona Jesús toda paz impuesta por los vencedores, semilla siempre de nueva guerra. Con la estrategia de la generosidad se puede siempre reparar los resquemores nunca ausentes en la justicia humana. Pero el perdón cristiano no puede suprimir la memoria de las víctimas ni el recuerdo de los sacrificios generosos. El perdón al que la Iglesia deberá convocar cuando jurídicamente se declaren amnistías en el camino

hacia la paz, tendrá que ser un elemento, tal vez el principal, de un camino de paz que se ponga a realizar la justicia y la libertad de los pobres. La Iglesia en Centro América tendrá que constatar vigilantemente el cumplimiento de la amnistía bajo el signo de la memoria de la sangre inocente derramada, de la dignidad aplastada, de la libre responsabilidad suprimida, de todos los pobres que han regado con su sangre los caminos hacia la paz. La Iglesia tiene la misión de **evangelizar la amnistía**, pidiendo que el orden renovado que brota de la paz "mire siempre a aquel a quien traspasaron" su corazón de pobre esperanzado en una nueva sociedad (cfr. Jn 19,37). Así podrá la Iglesia, con su Eucaristía que convoque al seguimiento de Cristo, con su Eucaristía auténticamente celebrada "en conmemoración de Jesús" (**in memoriam meam**), ir siendo levadura de la transformación social que no se base en la venganza sino en la generosidad de los que dieron su vida en Centro América por la justicia.

### *Superar el miedo a los procesos revolucionarios*

Ha habido mucho miedo en Centroamérica frente al proceso revolucionario sandinista, frente a los otros movimientos revolucionarios, salvadoreño, guatemalteco, y otros que podrían cobrar fuerza en el futuro. Demasiado frecuentemente se cree que sólo pueden repetir la historia de la contradicción aparentemente fatal entre justicia y libertad, entre pasión revolucionaria e intolerancia de la religión. Los acuerdos de Esquipulas II, al reconocer claramente la legitimidad de la Constitución nicaragüense y, en consecuencia, la del período presidencial de su actual presidente y del período legislativo de su actual asamblea nacional, reconocen que la paz de la región centroamericana es posible en un pluralismo de modelos sociales, económicos y políticos.

¿No debería ir la Iglesia más lejos? ¿No sería la hora de que el diálogo sereno entre Iglesia y proceso nicaragüense, entre Iglesia y movimientos revolucionarios del Istmo, apueste por la posibilidad histórica de nuevas relaciones entre fe cristiana y revolución? Es el mismo Papa Juan XXIII quien nos decía en **Pacem in Terris** que "las corrien-



tes de carácter económico y social, cultural o político, aunque tengan su origen e impulso" en teorías filosóficas alejadas de la verdad cristiana, "al desenvolverse en medio de condiciones mudables, se hallan sujetas por fuerza a una continua mudanza" (n. 159). ¿No será éste el momento en que la Iglesia deba convocar a los cristianos a actuar en las circunstancias reales de Centroamérica con una esperanza indestructible en la fuerza de la resurrección de Jesús y en su confianza en que "también otros hombres (no cristianos) colaboran en acciones convergentes de justicia y paz"? ¿No será esta la hora de llamar a los cristianos a que "por encima de todo sistema, sin omitir... el compromiso concreto al servicio de sus hermanos... (afirmen), en el seno mismo de sus opciones, lo específico de la aportación cristiana para una transformación positiva de la sociedad"? (cfr. Pablo VI, en **Octogesima Adveniens**, nn. 48 y 36).

En resumen, parece que este tiempo favorable para la paz debe inspirar a la Iglesia en Centroamérica un trabajo por la paz que recupere proféticamente lo que toda la Iglesia que está en América Latina afirmó en Medellín en uno de sus momentos más históricos:

"La paz con Dios es el fundamento último de la paz interior y de la paz social. Por lo mismo, allí donde dicha paz social no existe; allí donde se encuentran injustas desigualdades sociales, políticas, económicas y culturales, hay un rechazo del don de la paz del Señor, más aun, un rechazo del Señor mismo" (Medellín, Paz, n. 14).

#### **4. El trabajo por la paz interpela a la vida de la Iglesia**

La agenda que la Iglesia tiene frente a sí en este tiempo favorable para la paz es inmensa. En esta reflexión, algunos de sus posibles contenidos han tratado de ser expuestos. Sin duda, ni son los únicos ni es lo importante elaborar un catálogo completo de tareas. Lo importante es reconocer el desafío y actuar con coherencia. Como cristianos, herederos de un "evangelio de paz" (Ef.6, 15), debemos poner todo esfuerzo en el trabajo por la

paz con gran humildad, pues muchas veces, incapaces de vivir en la Iglesia con concordia, dejamos de ser el fermento de paz que estamos llamados a ser en la historia.

El hecho de que los pueblos centroamericanos, de alguna manera representados en Esquipulas II, hayan llamado a sus pastores a formar parte de las Comisiones Nacionales de Reconciliación, significa también que están llamando a la Iglesia a dar muestras en sus estructuras y en sus comunidades de una gran capacidad de diálogo y de una incansable tolerancia para el pluralismo inevitable de las opciones de los cristianos. De ambas no siempre hemos dado testimonio.

Cuando el Papa Pablo VI dedicó su primera carta encíclica a la conciencia de sí misma que la Iglesia debe tener, a la renovación de la misma Iglesia y al diálogo entre la Iglesia y el mundo moderno, al tratar del diálogo, concluyó precisamente enfatizando la necesidad de este diálogo dentro de la misma Iglesia Católica, un diálogo que "se enriquezca en fervor, en temas y en interlocutores" (cfr. **Ecclesiam Suam**, n. 109). Cuando hoy esta hora histórica convoca a toda la Iglesia a dar un aporte en el camino hacia la paz, la reconstrucción del diálogo en la Iglesia es una tarea urgente.

Urge en la Iglesia de Centroamérica superar las desconfianzas entre base y jerarquía, entre teólogo y jerarquía, entre nacionales y extranjeros, entre religiosos y sacerdotes diocesanos, entre movimientos más centrados en la persona y movimientos más sociales, y, tal vez sobre todo, dar el lugar debido a las mujeres, sobre las que reposa tanto de la religiosidad de las familias y tanto de la pastoral inserta entre los pobres. Apremia en la Iglesia poner al día lugares privilegiados para la reflexión y el discernimiento de los difíciles momentos históricos que vivimos.

Hay un párrafo en el documento de Puebla que atañe exactamente al desafío que estamos señalando. Se refiere a "la Iglesia, signo de comunión" y afirma que "la Iglesia evangeliza, en primer lugar, mediante el testimonio global de su vida". Para ser signo de la comunión, de la solida-

ridad, de la convivencia en justicia, en solidaridad y en libertad, la Iglesia tiene que estructurarse y renovarse continuamente de acuerdo a un paradigma muy concreto. Y así, sigue Puebla:

"Cada comunidad eclesial debería esforzarse por constituir para el Continente un ejemplo de modo de convivencia donde logren aunarse la libertad y la solidaridad. Donde la autoridad se ejerza con el espíritu del Buen Pastor. Donde se viva una actitud diferente frente a la riqueza. Donde se ensayen formas de organización y estructuras de participación, capaces de abrir camino hacia un tipo más humano de sociedad. Y sobre todo, donde inequívocamente se manifieste que, sin una radical comunión con Dios en Jesucristo, cualquier otra forma de comunión puramente humana resulta a la postre incapaz de sustentarse y termina fatalmente volviéndose contra el mismo hombre". (Cfr. nn. 272 y 273).

La seriedad de este texto es imponderable. Se subraya en él todo el espíritu de las Bienaventuranzas. Si en la Iglesia hay comunidades de vida que toman como pauta frente a la riqueza una actitud diferente que la que priva en los materialismos de la codicia y de la tecnocracia, puede reverdecer continuamente en ellas aquel compartir de los bienes vitales que simbolizamos en la comunión eucarística de un mismo pan. Si la autoridad se guía por el modelo de Jesús, Buen Pastor, entonces la búsqueda de la vida de los cristianos será capaz de hacer superar cualquier discrepancia en las opiniones discutibles frente a los procesos históricos y de sostener todo legítimo pluralismo. Si se experimenta generosamente con formas de organización y participación profundamente dialogantes, se estará en camino de ofrecer modelos para la humanización de la sociedad. Si son la libertad de los hijos de Dios y la solidaridad de hermanos en la fe las pautas básicas de la vida de la Iglesia, las dos exigencias fundamentales del pueblo centroamericano, la justicia y la libertad tendrán en los cristianos un apoyo crucial. Lo verdaderamente serio es que la credibilidad de la fuerza de comunión de

los hombres con Dios está en juego aquí. Es enorme la fuerza de esperanza que hace falta para creer en la posibilidad de la paz en la historia social de nuestra Centro América hoy. Pero mucha de esta fuerza queda debilitada si la Iglesia, que tiene conciencia de sí como sacramento, como signo "vivo de... comunión de amor" (Puebla, n. 272), no es capaz de superar sus divisiones con un diálogo sincero y fraterno, y fracasa en crear la paz en su estructura interna.

El Arzobispo de Guatemala decía en la Catedral de Guatemala el 7 de agosto frente a los cinco presidentes centroamericanos: "al lenguaje de las armas tiene que sustituir actualmente el dialogo". En la Iglesia, al lenguaje de las recriminaciones, de las desconfianzas, de las mutuas intolerancias, de las acusaciones y de los autoritarismos, tiene que sustituirle el lenguaje del diálogo.

En Nicaragua, donde la irrupción revolucionaria ha hecho de todo el proceso histórico una bandera discutida, en la Iglesia no hemos sabido dialogar. Todos somos la Iglesia, todos debemos concedernos la confianza de que la amamos tierna y fielmente, porque nos ha dado lo más precioso que tenemos, la seguridad de la fe en el Dios de la vida, en "el Dios de vivos y no de muertos" (Mt 22,32). En la Iglesia de Nicaragua nos hace falta entrar por los caminos del diálogo. Sólo así podremos cumplir con la responsabilidad histórica de hacer creíble al "Dios de la paz" en quien creemos (cfr. Heb 13,20). Tal vez debería esta Iglesia tan dolorosamente dividida preparar con toda solicitud pastoral una asamblea nacional, una especie de **sínodo** del que a nadie se excluyera y que abordara el gran desafío de ser fermento evangélico en medio del proceso histórico.

## 5. Conclusión: Dialéctica de la paz y de la justicia

La situación de Centroamérica hoy está encerrada en un dilema diabólico. No puede haber paz porque no hay democracia -así razona el Presidente Reagan respecto

de su disposición hacia Nicaragua-. No puede haber justicia porque no hay paz -es ésta la manera de pensar del gobierno salvadoreño al exigir a los frentes revolucionarios la deposición de las armas antes de cualquier diálogo-. No puede haber paz porque no hay justicia -así se explican quienes creen que todos los acuerdos de Esquipulas no son más que una trampa para hacer fracasar el proceso revolucionario nicaragüense-.

Hay que hacer saltar la falacia de este dilema mortal. No podemos permitir que las intransigencias, las adhesiones absolutas a modelos preconcebidos, impidan el camino hacia la justicia y la paz que los pueblos ansían y que quieren construir en libertad responsable, como sujetos de la historia.

En la resolución del dilema planteado se puede empezar por dar un paso importante, tal vez decisivo: tomar las medidas necesarias para la **humanización** de la guerra. La humanización de la guerra supone, por una parte, un paso de justicia; justicia para con la población civil, sobre todo, por medio de un compromiso que obligue a suprimir, en El Salvador y en Guatemala, los bombardeos contra civiles y las destrucciones de siembras, y en Nicaragua un compromiso que obligue al gobierno de los EE.UU. a instruir a la contrarrevolución que se abstenga de emboscadas a civiles y de ataques a cooperativas, centros de salud, instalaciones de almacenamiento de alimentos, escuelas, etc. Supone además justicia en el trato a los combatientes presos en combate y la posibilidad de intercambios de presos, de paso libre para lisiados y otros heridos necesitados de atención médica imposible de prestar en los frentes de guerra. Supone, finalmente, justicia en el reclutamiento de combatientes, alcanzando compromisos obligantes para abstenerse de cualquier tipo de recurso al secuestro. Supone también la renuncia de todas las partes en conflicto al uso de minas que no diferencian entre combatientes y civiles.

Esas mismas medidas implican en sí mismas un servicio a la paz. Reduciendo la brutalidad de la guerra se introduciría en ella un dinamismo de freno a la violencia desmedida, que puede influir decisivamente en ulteriores negocia-

ciones hacia la paz, en el descenso de resentimientos y, por consiguiente, en el control de tendencias hacia la venganza. Todo ello es parte del impulso que nos irá llevando hacia la paz.

No hay un solo camino hacia este objetivo. Lo que los acuerdos de Esquipulas II han creado es un campo nuevo para la responsabilidad histórica de los gobiernos, de las organizaciones revolucionarias insurgentes, y sobre todo del pueblo de los pobres. La fuerza de los pobres es el clamor, su protesta contra las condiciones actuales de injusticia, de falta de libertad y de guerra impuesta. La fuerza de los pueblos es su palabra activa que ha sembrado en Centroamérica con mucho sudor y sangre surcos de dignidad. Ellos han hecho que Esquipulas II, lo imposible, fuera posible. Ellos, con su participación popular en la historia. A veces esta participación ha juzgado tristemente necesario el recurso extremo a la resistencia armada contra la represión de cualquier otra forma de acción cívica. Pero los pobres no quieren la violencia. Lo que quieren es subvertirla, desinstitucionalizarla, para que su clamor de justicia y solidaridad tenga una oportunidad histórica. Es preciso que el pueblo aproveche el espacio político abierto por Esquipulas II. Sólo la fuerza de los pobres puede vencer los obstáculos y hacer saltar la trampa maldita de las alternativas entre fe y revolución, entre justicia y libertad, entre paz y justicia.

Desde la fe cristiana, podemos humildemente propiciar una lucha consecuente por la justicia, porque "la paz es fruto de la justicia" (Is 32,17). De ahí, el desafío a que la paz no se construya como el mundo la quiere dar, olvidando las raíces estructurales del conflicto centroamericano. Pero desde esa misma fe cristiana, alimentada en la memoria del ya ingente sacrificio de nuestros pueblos, podemos también ofrecer humildemente nuestra convicción de que "la cosecha de la justicia la van sembrando con paz los que trabajan por la paz" (Sant 3,18).

En momentos diversos de nuestra historia, la paz a cualquier precio o la justicia cueste lo que cueste han

sido percibidas como alternativas inconciliables. La hora actual puede llegar a ser tiempo de salvación porque en Esquipulas II, la paz, la justicia, el diálogo y el desarrollo de la libertad se han hecho programa urgente e indivisible. Lo que ahora hace falta, para que esta gracia histórica se concrete, es que muchos centroamericanos, gobiernos y movimientos insurgentes, organizaciones del pueblo, intelectuales y artistas, y las Iglesias, converjamos en exigir el cumplimiento de los compromisos y en desarrollar la imaginación política que esta hora demanda. Los cristianos sabemos que en esa imaginación, guiada por las necesidades de vida del pueblo, el Espíritu Santo se hace presente y los resultados históricos pueden convertirse así en experiencias humanas de salvación.

Es preciso que el mundo nos ayude. Es preciso que, como han decidido gestionar los cinco presidentes centroamericanos, se canalice hacia Centroamérica "un apoyo económico extraordinario". La voluntad de paz de nuestros pueblos hará fructificar esta solidaridad, que sólo será una parte del Nuevo Orden Económico Internacional y del nuevo respeto internacional a los derechos de los pueblos: ambos se imponen si el mundo no quiere vivir en la ficción de paz, que oculta la permanencia brutal de la guerra en los países de la periferia tercermundista. Esta es también, desde la perspectiva de nuestros pequeños países, una hora de lucha por la solidaridad entre los pueblos.

Hace muy pocos años, los Obispos Católicos de los EE.UU., después de una amplia consulta en todas sus Iglesias, publicaron una carta pastoral sobre la paz que abordó pastoral y proféticamente el problema mayor que desafía a la paz desde el punto de vista de una comunidad eclesial inserta en el territorio de una de las dos superpotencias mundiales: el problema del desarme y de la disuasión nuclear. En cierto sentido el problema de la paz en Centroamérica, en el Medio Oriente, en el Golfo Pérsico, en Sur Africa, etc..., constituye un desafío aún mayor. Sólo una locura puede hacer que se aprieten los botones de la conflagración nuclear. Las guerras en la periferia tercermundista, sin embargo, hacen que se derrame la

sangre de miles de seres humanos todos los días, porque las armas convencionales con que estas guerras se disputan no están mitificadas. Son simplemente eso: convencionales, usuales... en su bárbara eficacia mortal.

La paz total parece ser una meta de la humanidad, una aspiración humana utópica. Pero la paz es posible parcialmente, regionalmente. En Centroamérica es ahora cuando se vislumbra la posibilidad de la paz. Por ello, el trabajo por la paz tiene que intensificarse.

Para los cristianos, en cuyas comunidades el don de la paz del Señor debe tener "la última palabra" (cfr. Col 3,15), esta tarea es aún más imperativa. En su persecución, los cristianos tendrán que adentrarse en todo tipo de mediación que esté marcada por una voluntad política suficiente de paz. Como indica San Pablo, este trabajo deberá hacerse precisamente como fruto de una actitud de profunda alegría frente a la historia, una disposición de inagotable comprensión humana, una victoria sobre toda angustia ante el presente o el futuro; en definitiva, como fruto de "la paz de Dios que supera todo razonar" (cfr. Fil 4,4-7). Así es como podrán contribuir a forjar la historia, a través de la implicación en todas las mediaciones necesarias para esta forja, considerando como "suyo", es decir, como gracia personal e histórica de Dios, "todo lo que sea verdadero, todo lo respetable, todo lo justo, todo lo limpio, todo lo estimable, todo lo de buena fama, cualquier virtud o mérito que haya" (cfr. Fil 4,8-9), haya surgido o no en terreno explícitamente cristiano.





## **Bibliografía sobre la Paz y la Acción Cristiana en la Historia**

### **1. Documentos Eclesiales**

- Juan XXIII, Carta Encíclica **Pacem in Terris** (1963), en **8 Grandes Mensajes**, Madrid, BAC, 1973.
- Concilio Vaticano II, Constitución Pastoral **Gaudium et Spes** (1965), en **8 Grandes Mensajes**, ibid.
- Pablo VI, Carta Encíclica **Ecclesiam Suam** (1964), en **8 Grandes Mensajes**, ibid.
- Pablo VI, Carta Apostólica **Octogesima Adveniens** (1971), en **8 Grandes Mensajes**, ibid.
- Juan Pablo II, **Mensajes en el Día de la Paz**; 1979-87.
- II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, **Medellín**, 2 Paz, (1968), Bogotá, Secretariado General del CELAM, 1971.
- III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, **Puebla** (1979), Madrid, BAC, 1982.
- National Conference of Catholic Bishops (U.S.A.), **The Challenge of Peace** (1983), Washington, D.C., U.S.C.F., 1983.

### **2. Diccionarios**

- Léon-Dufour, Xavier, **Diccionario del Nuevo Testamento** (ver "Tiempo"), Madrid, Cristiandad, 1977.
- Rahner, Karl, **Sacramentum Mundi** (ver tomo 5, "Paz"), Barcelona, Herder, 1974.
- Floristán, Casiano y Tamayo, Juan José, **Conceptos Fundamentales de Pastoral** (ver "Paz"), Madrid, Cristiandad, 1983.

### **3. Teología Bíblica**

- Alonso Schökel, Luis y Sicre, José Luis, **Profetas**, 2 tomos, Madrid, Cristiandad, 1980.
- Alonso Schökel, Luis, **Treinta Salmos : Poesía y Oración**, Madrid, Cristiandad, 1981.
- Mateos, Juan y Camacho, Fernando, **El Evangelio de Mateo**, Madrid, Cristiandad, 1981.
- Camacho, Fernando, **La proclama del Reino** (Bienaventuranzas Mt 5, 3-10), Madrid, Cristiandad, 1986.

- Stuhlmüller, Carroll, Evangelio según San Lucas, en Brown, R.E. et al., **Comentario Bíblico "San Jerónimo"**, Madrid, Cristiandad, Tomo III, 1971, pp. 296-420.
- Mateos, Juan y Barreto, Juan, **El Evangelio de Juan**, Madrid, Cristiandad, 1979.
- Ruloff, Jürgen, **Hechos de los Apóstoles**, Madrid, Cristiandad, 1984.
- Léon-Dufour, Xavier, **La fracción del Pan**, Madrid, Cristiandad, 1983.

#### 4. *Teología Sistemática*

- Comblin, Joseph, **Antropología Cristiana**, Madrid, Ediciones Paulinas, 1985, (pp. 204-222).
- Schillebeeckx, Edward, **Cristo y los Cristianos : Gracia y Liberación**, Madrid, Cristiandad, 1983 (pp. 727-774).

#### 5. *Estudios Históricos*

- Chomski, Noam, **Turning the Tide : U.S. Intervention in Central America and the Struggle for Peace**, Boston, South Bend, 1985.
- La Feber, Walter, **America, Russia and the Col War : 1945-1984**, New York, Alfred A. Knopf, 1985.

Managua, 15 de septiembre de 1987